El oro puro de Birmania

MYANMAR | 9 de Junio

Aye May



[Este relato apareció originalmente en la edición de abril de 1933 de Misión.*]*

Aye May vivía en una aldea de Birmania, que ahora también se llama Myanmar. Cuando los misioneros adventistas organizaron reuniones en la aldea, Aye May decidió asistir. Uno de los temas que mencionaron hablaba de los males del tabaco, la nuez de betel [una semilla estimulante que es masticada] y el alcohol. Los misioneros invitaron a todos los que deseaban dejar esos hábitos onunca adquirirlos a que firmaran un pacto de compromiso.

Aye May firmó, realizando un compromiso de abstinencia. Un miembro laico de la aldea notó que ella estaba interesada en los temas espirituales y la animó a que asistiera a la escuela adventista misionera. Incluso ofreció ayudarle a pagar sus estudios. El padre de Aye May había muerto, y su madre no contaba con el dinero para enviar a sus hijos a una buena escuela. Por lo tanto, la señora estuvo de acuerdo con que su hija estudiara en la escuela adventista.

Oposición inesperada

En la escuela, Aye May aprendió más de Dios y le entregó su corazón a Jesús. Cuando regresó a su casa, con mucha emoción le contó a su familia lo que había aprendido en la escuela. Pero, su familia no se alegró de saber que Aye May estaba siguiendo al Dios cristiano. Trataron de convencerla para que abandonara sus nuevas creencias, pero ella rehusó hacerlo. Incluso algunos de los vecinos se opusieron a sus nuevas creencias. Cuando llegó el momento de regresar a la escuela, su tío la amenazó diciéndole: "¡Si regresas a esa escuela de la misión, te mataré!"

Una luz brillante

Aye May buscó el apoyo de su madre, pero ella temía a sus parientes y no se atrevió a oponerse a ellos. Por lo tanto, le prohibió regresar a la escuela de la misión. Su madre no estaba segura de que las enseñanzas recibidas en aquel lugar serían buenas para su hija. Como consecuencia, Aye May se vio obligada a quedarse en casa con su hermanita, Cho Cho.

Durante todo el año, Aye May intentó ser fiel a lo que había aprendido en la escuela. Oraba y tenía la esperanza de que sus padres le permitieran regresar a la escuela al año siguiente.

Los meses pasaron, y pronto llegó el tiempo de comenzar un nuevo año escolar.

Aye May le pidió permiso a su madre para re

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

gresar a la escuela de la misión. Entonces, agregó:

–Me gustaría llevarme a Cho Cho conmigo.

–No –contestó la madre–. Es suficiente con una adventista del séptimo día en la familia.

Sin embargo, con el tiempo, su madre le permitió que llevara a su hermanita a la escuela. Aunque temían a su tío, las niñas comenzaron a asistir en secreto a la escuela.

No había alguien que las ayudara a pagar los costos escolares, por lo que Aye May trabajó fuerte para cubrir ese y otros gastos. Dios las bendijo en el trabajo y el estudio, y ambas jóvenes obtuvieron buenas calificaciones. Estudiaban la Biblia juntas y, antes de que terminara el curso escolar, ambas fueron bautizadas.

El mal hábito de mamá

Las muchachas invitaron a su madre para que visitara la escuela, y ella estuvo dispuesta a hacerlo. Se sintió feliz al ver el progreso de sus hijas, a la vez que sentía curiosidad con respecto a la religión que había cambiado tanto sus vidas. Asistió a los cultos de la iglesia y hasta recibió algunos estudios bíblicos. Antes de mucho, se convenció de que sus hijas habían encontrado el camino correcto a la verdad. Pero, le encantaba el tabaco, y rehusaba dejar el vicio.

Aye May y Cho Cho oraban por su madre, pero a pesar de que el Espíritu Santo estaba obrando en su corazón, ella parecía fumar más que nunca.

Un día, Aye May entró al cuarto de su madre y lo encontró lleno de humo. ¡Su madre estaba fumando un inmenso cigarro! Aye May se puso a llorar, abrazó a su madre y le dijo:

–Ay mamá, mamá, ¿no puedes dejar de fumar?

Las lágrimas corrían por las mejillas de su madre mientras luchaba con el ruego de su hija. Después de varios minutos, la madre exclamó:

–¡He acabado! ¡He terminado con el tabaco!

Entonces, la madre se sacó el cigarro de la boca y con un cuchillo grande lo cortó en pedacitos. A continuación, lo tiró. Dios le dio la victoria. Desde aquel momento, no volvió a fumar.

Esparciendo las buenas nuevas

El siguiente año escolar, otras dos hermanas de las muchachas asistieron con ellas a la escuela. Al cabo de pocos meses, Aye May vio bautizarse a su madre y a sus hermanas. La influencia de Aye May se ha extendido más allá del círculo familiar, ya que otros miembros de su aldea se han convertido en adventistas. Y el tío que había amenazado con matarla incluso ha enviado a una hija a la escuela adventista.

Nuestras ofrendas misioneras continúan alcanzando con el evangelio de Jesús a la gente de Birmania (Myanmar) y de otros lugares. Sus ofrendas misioneras pueden marcar una diferencia de vida o muerte para miles de personas.



J. F. Ashlock era secretario de la Escuela Sabática en la División Sudasiática, a la cual pertenecía Birmania (hoy también llamado Myanmar) al momento de escribir este relato.

Cápsula informativa

- Más del ochenta por ciento de la población de Birmania es budista. Únicamente un peque-ño porcentaje de birmanos son cristianos, musulmanes, o siguen otras religiones tradicionales.
- Antes de 1966, los adventistas tenían varias escuelas en distintas partes del país; sin embargo, todas las instituciones educativas cristianas o privadas fueron cerradas y confiscadas por el Gobierno. Muchos que habían tomado la decisión de seguir a Cristo fueron forzados a huir del país durante las guerras civiles que se libraron durante varias décadas.
- Oremos para que los cristianos que quedan en Birmania (Myanmar) sigan compartiendo su fe con otros.

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©